

COREA DEL NORTE EN EL VÓRTICE

Washington ha elegido como enemigo público número dos la República Popular Democrática de Corea, el «Estado guerrillero» cuyos mitos fundadores e identidad nacional se forjaron en la década de 1930, al calor de la resistencia armada frente a un colonialismo japonés brutal, y se templaron durante medio siglo de Guerra Fría desde que obligó a Estados Unidos a un armisticio en 1953. La RPDC, impregnada de monolitismo, xenofobia y culto al líder, no se ha desmovilizado nunca. Mantiene todavía desplegado un ejército permanente de cerca de un millón de soldados junto a la «zona desmilitarizada», a unos 50 kilómetros al norte de Seúl; entre sus armas convencionales cuenta con más de 3.000 tanques, 11.000 piezas de artillería, 850 aviones de combate y 430 buques de guerra¹. Aunque era la región más industrializada de la península antes de los bombardeos arrasadores de Estados Unidos durante la guerra de 1950-1953, y sobrepasó en crecimiento a la República de Corea del Sur durante las décadas de 1950 y 1960, su incapacidad para importar o invertir en bienes de capital durante las últimas décadas ha dejado arruinadas u obsoletas sus instalaciones industriales, sobre todo en los sectores energético y de fertilizantes químicos, tan esencial este último para la producción de alimentos en un país tan montañoso. Desde mediados de la década de 1990 las inundaciones y el hambre han contribuido a la miseria económica y social.

Sin embargo, tal como le sucede a un río helado cuando se inicia la primavera, el cambio puede llegar a un sistema largamente inmóvil con una violencia repentina y de forma impredecible. La elección de Kim Dae Yung como presidente de Corea del Sur en 1997 –su política denominada de «sol radiante» rompía con décadas de hostilidad hacia el Norte– proporcionó a la asediada RPDC una oportunidad para abrirse a inversiones

¹ Centre for Nonproliferation Studies, www.globalsecurity.org. La expresión «Estado guerrillero» (*yūgekitai kokka*) se debe originalmente a Wada HARUKI, *Kin Nissei to Mansbū kō nichī sensō*, Tokio, 1992.

de capital desesperadamente necesarias. Pyongyang entró en negociaciones, orgullosa pero aprensiva y vulnerable, recordando siempre su ventaja militar local como instrumento de negociación. En julio de 2000 Kim Dae Yung viajó al norte para una cumbre histórica con Kim Yong Il; ambos se comprometieron a una cooperación social, económica y cultural y a un progreso conjunto hacia la reunificación, en una atmósfera de esperanza eufórica.

Hyundai comenzó a trabajar en una Zona Económica Especial cerca de Kaesong, justo al norte de la zona desmilitarizada; se abrió una instalación turística conjunta en el monte Kumgang, un lugar sagrado de la cultura coreana; se inició el trabajo de limpieza de minas en la zona desmilitarizada y se repararon las líneas ferroviarias. La RPDC normalizó sus relaciones con una serie de países, entre ellos Australia y la mayoría de la Unión Europea, y se enviaron funcionarios norcoreanos al extranjero en búsqueda de modelos de desarrollo y ayuda técnica. El propio Kim viajó a Pekín en mayo de 2000, a Shanghai en enero de 2001 y a Rusia en agosto de 2001. Se puso en marcha otro proyecto de zona económica especial en Sinuiju, en la frontera que forma el río Yalu con China, destinado a constituir un enclave capitalista aislado para el ocio, el turismo, la industria y la tecnología avanzada, y sobre todo para favorecer los intercambios, el comercio y las finanzas internacionales, con el dólar estadounidense como moneda y sus propios cuerpos administrativo, legislativo y judicial independientes. La población de la zona, de alrededor de medio millón de personas, sería desplazada a otros lugares². En julio de 2002 un bandazo hacia las reformas económicas de estilo chino abolió el racionamiento, multiplicó por dieciocho los precios y salarios (el precio del arroz para los cultivadores se multiplicó por quinientos), introdujo las primeras viviendas de alquiler y se impusieron precios por los servicios públicos, y devaluó la moneda hasta la septuagésima parte de su valor (puramente nominal), de los 2,20 wones por dólar hasta cerca de los 150 wones del mercado negro³.

Sin embargo, el estrechamiento de relaciones entre las dos Coreas –algunas de las muchas familias separadas pudieron también reunirse– tenía lugar en un contexto internacional cada vez más tenso: una economía mundial en deterioro, la competencia intensificada entre China y Japón, y un nuevo gobierno estadounidense que pretendía un reconocimiento más directo de la primacía de Washington en la región. Con el endurecimiento de la política estadounidense tras el 11 de septiembre, Corea del Norte fue declarada uno de los tres miembros del Eje del Mal en el discurso sobre el estado de la Unión pronunciado por Bush en enero de 2002, y junto a Irak apareció como uno de los dos «Estados delincuentes» en el

² En estos momentos el futuro de ese proyecto parece incierto, después de la detención en China de quien iba a ser el gobernador de la zona, un hombre de negocios chino-holandés.

³ *Pyongyang Report* 4, 3 (agosto de 2002), pp. 3-4.

documento estratégico de Seguridad Nacional de septiembre de 2002. En Seúl, entretanto, el periodo presidencial de cinco años de Kim Dae Yung llegará a su fin en las elecciones de diciembre 2002 sumido en un lodazal de corrupción. Entre los candidatos que pretenden sucederle, el conservador Li Hoi Chang en particular, del Gran Partido Nacional, es partidario de un lenguaje mucho más duro hacia Corea del Norte.

En ese contexto hostil los gobernantes de Pyongyang parecen haber llegado a la conclusión de que la normalización de sus relaciones con Tokio y Washington –su antiguo ocupante y el devastador de su infraestructura civil– es un objetivo esencial. En octubre de 2001 hicieron sondeos en Japón en procura de negociaciones. Intercambios diplomáticos silenciosos, en treinta o más encuentros entre diplomáticos norcoreanos y japoneses durante todo el año transcurrido desde entonces, exploraron las principales diferencias: para Pyongyang, disculpas y reparaciones por las atrocidades cometidas durante las cuatro décadas que duró la ocupación japonesa de la península, desde 1905 hasta 1945; para Tokio, la intrusión de buques espías norcoreanos en aguas japonesas y la sospecha de que alrededor de una docena de ciudadanos japoneses habían sido secuestrados por la RPDC. Durante el verano de 2002 llegaron a acuerdos sobre los principios generales, quedando así abierta la vía para la visita de Koizumi a Pyongyang el 17 de septiembre.

Cumbre de disculpas

La reunión fue tensa. Se dice que Koizumi llevaba consigo su propio almuerzo en el habitual *bentô*. Aquella noche, en el avión de regreso a Tokio, seguía intacto. Kim Yong Il y su invitado se reunieron sólo para hablar, no para comer. Al parecer tampoco llevaron a cabo la acostumbrada inclinación ritual⁴. La cumbre estuvo marcada por un intercambio de excusas muy desigual. Koizumi se atuvo a una fórmula diplomática, asegurando que:

La parte japonesa contempla con un espíritu de humildad el hecho histórico de que Japón causó un enorme daño y sufrimiento al pueblo de Corea durante su dominio colonial en el pasado, expresa su profundo remordimiento y pide disculpas de corazón⁵.

Esas palabras –prácticamente idénticas a las utilizadas en las conversaciones entre Japón y Corea del Sur en octubre de 1998– resultaban aceptables para la burocracia de Tokio precisamente porque no suponían implicaciones legales y se podían entender como más o menos maquina-

⁴ Si se produjo, no fue recogido por el reportaje de televisión que yo pude ver.

⁵ Declaración de Pyongyang, 17 de septiembre de 2002: http://www.mofa.go.jp/region/asia-paci/n_korea/pmv0209/pyongyang.html.

les. Japón se ha resistido durante mucho tiempo a cualquier reclamación de reparaciones que cabría esperar que acompañaran a una «disculpa de corazón», y sólo se decidió a reunirse con Pyongyang tras asegurarse de que no habría exigencia de tales reparaciones. Abandonando la larga insistencia coreana en que el régimen colonial fue una imposición ilegal, mantenida mediante la fuerza militar, Kim Yong Il se acomodó a la opinión japonesa de que se adecuaba a la ley internacional. Ahora son muchos los surcoreanos que lamentan aquella oportunidad perdida para el conjunto de Corea⁶.

En cuanto a Kim, se lanzó a una extraordinaria serie de excusas, admitiendo el secuestro de una docena de civiles japoneses durante las décadas de 1970 y 1980, entre ellos una escolar, una esteticista, un cocinero, tres parejas de enamorados (en playas remotas) y varios estudiantes que viajaban por Europa, todos los cuales habían sido llevados a Pyongyang, bien para enseñar japonés a los agentes de espionaje norcoreanos o a fin de apropiarse de su identidad para encubrir operaciones en Corea del Sur, Japón u otros lugares. Según explicó Kim, «algunos elementos de una agencia estatal especial se habían dejado llevar por el fanatismo y el deseo de gloria». Según fuentes gubernamentales japonesas la unidad responsable de los secuestros fue probablemente la Sala 35, anteriormente conocida como Departamento de Inteligencia Exterior del Partido de los Trabajadores coreano. Otra sección, la 56, del Departamento de Relaciones Exteriores del PTC, pudo ser la que llevara a cabo los secuestros en Europa. Pero en un Estado sobre el que el líder ejerce una autoridad completa e incuestionada, quedan pocas dudas sobre a quién atribuir la última responsabilidad⁷.

Aquella confesión suponía, por lo tanto, un acontecimiento histórico. Un observador ruso comentó que «en un Estado totalitario, una petición de perdón afecta a la propia base del sistema estatal. La sensación de crisis en Corea del Norte es tan profunda que no tenían otra alternativa que aceptar ese riesgo»⁸. Pero al admitir esos casos Kim Yong Il puede verse ahora bajo sospecha en otros. Las autoridades japonesas han vinculado durante mucho tiempo la Sala 35 y sus agentes al ataque guerrillero a la

⁶ Véase el *Hankyoreh Sinmoon* de los días 18 y 24 de septiembre de 2002, citado en Yoon Kooncha, «Sore de mo yappari Nitchô no seijôka wo», *Shûkan Kinyôbi*, 18 de octubre de 2002, p. 10.

⁷ Según Huang Yang Yop, el secretario a cargo de asuntos internacionales que desertó en 1997 para pasarse al Sur, «cada misión concreta de cada espía tenía que ser aprobada por él personalmente. De forma que sin duda tenía conocimiento de los principales atentados terroristas. Ese hombre es un genio del terrorismo». Kim Hyong Hui, condenado por la bomba de 1987 en un avión de las Líneas Aéreas Coreanas, también insiste en que las órdenes procedían directamente de Kim Yong Il y en que el atentado estaba destinado a crear una atmósfera de terror para perjudicar los inminentes Juegos Olímpicos de Seúl; véase *Far Eastern Economic Review*, 15 de octubre de 1998.

⁸ Alexander Fedorovsky, citado en *Asabi Shimbun*, 18 de septiembre de 2002.

Casa Azul –la residencia presidencial de Corea del Sur– en 1968; a la bomba en Rangún que mató a varios miembros de una delegación presidencial surcoreana a Myanmar en octubre de 1983; y a la explosión en el aire del vuelo 859 de las Líneas Aéreas Coreanas sobre el mar de Andamán en noviembre de 1987, en la que murieron 115 personas. En último término esa confesión también pondrá a Kim Yong Il ante el problema de apuntalar su autoridad entre los suyos. Ni que decir tiene que en los medios de comunicación norcoreanos no apareció nada sobre los secuestros, los buques espías o la petición de perdón de Kim. Las conversaciones se presentaron como un triunfo. El primer ministro japonés había acudido a Pyongyang para pedir perdón, al fin, por las atrocidades de hace sesenta años; y gracias al extraordinario ingenio e inteligencia de Kim, cabía esperar que se reanudaran ahora unas relaciones normales. Sin embargo, es seguro que más pronto o más tarde comenzarán a circular otras versiones de lo que sucedió el 17 de septiembre; las presiones japonesas para obtener un acceso libre a la investigación de la suerte de los secuestrados acelerarán el proceso. Queda por ver si un régimen tan identificado con la imagen de su gobernante puede sobrevivir a esa pérdida de prestigio por su parte: la transformación del «querido líder» semi-divino en un político manchado y presionado que confiesa tales crímenes, en particular a los japoneses.

Se han podido detectar algunos signos que indican quizá un conflicto interno en el seno de la elite de la RPDC. El anuncio inicial de Kim Yong Il sobre el «nuevo pensamiento» y la reestructuración económica, en vísperas de su visita a Shanghai en enero de 2001, quedó pronto borrado de las noticias, y los eslóganes tradicionales siguieron dominando con creces la prensa. En diciembre de 2001, poco después del inicio de las negociaciones con Japón, se envió un buque espía norcoreano fuertemente armado a aguas japonesas; el barco fue hundido por los guardacostas japoneses en el mar del Sur de China y recuperado a finales de septiembre de 2002; se informó de que estaba equipado con «dos misiles antiaéreos, dos lanzacohetes, un cañón sin retroceso, doce cohetes, un cañón antiaéreo, dos ametralladoras ligeras, tres rifles automáticos y seis granadas» así como «una motoneta submarina con un diseño muy original»⁹. En la reunión del 17 de septiembre la reacción de Kim frente a las protestas japonesas por ese «barco misterioso» fue la siguiente declaración: «Una unidad de las Fuerzas Especiales estaba realizando sus propios ejercicios. Yo no imaginaba que pudiera ir tan lejos y hacer tales cosas [...]. Las Fuerzas Especiales son una reliquia del pasado y quiero tomar medidas para desmantelarlas»¹⁰.

⁹ *Daily Yomiuri Online*, <http://www.yomiuri.co.jp/index-e.htm>, 30 de septiembre de 2002.

¹⁰ Wada HARUKI, «Can North Korea's Perestroika Succeed?», *Sekai*, noviembre de 2002.

Los japoneses secuestrados, 1977-1983

Vivos

1. Chimura Yasushi: secuestrado en julio de 1978 en Fukui, con 23 años; casado con Hamamoto Fukie en noviembre de 1979 (véase más abajo); tres hijos; traductor en la Academia de Ciencias de Pyongyang.
2. Hamamoto Fukie: secuestrada en julio de 1978 en Fukui.
3. Hasuike Kaoru: secuestrado en julio de 1978 en Kashiwazaki, Niigata, con 20 años; casado con Okudo Yukiko en mayo de 1980 (véase más abajo); dos hijos, de 21 y 18 años; traductor en la Academia de Ciencias de Pyongyang.
4. Okudo Yukiko: secuestrada en julio de 1978 en Kashiwazaki, con 22 años.
5. Soga Hitomi: secuestrada mientras iba de compras el 12 de agosto de 1978 en la isla de Sado, donde trabajaba como niñera, con 19 años; casada con un ex militar estadounidense en 1980; dos hijas, de 19 y 17 años. (Se desconoce el paradero de su madre, que desapareció con ella.)

Muertos

1. Arimoto Keiko, muerta el 4 de noviembre de 1988 junto a su marido e hijo, envenenada con el gas procedente de una estufa; secuestrada en octubre de 1983 en Copenhague mientras estudiaba en Londres, con 23 años; casada con Ishioka Toru en 1985; restos perdidos en un corrimiento de tierras en agosto de 1995.
2. Hara Tadaaki, muerto el 19 julio de 1986 de cirrosis hepática; secuestrado en junio de 1980 en la Prefectura de Miyazaki, con 49 años; casado con Taguchi Yaeko en octubre de 1984; sus restos desaparecieron en una inundación.
3. Ichikawa Shuichi, muerto el 4 de septiembre de 1979 ahogado (ataque al corazón) en Wonsan; secuestrado en agosto de 1978 en Kagoshima, con 23 años; casado con Masumoto Rumiko el 20 de abril de 1979 (véase más abajo); restos perdidos en las inundaciones de julio de 1995 al reventar una presa.
4. Ishioka Toru, muerto el 4 noviembre de 1988: secuestrado el 7 de junio de 1980 en España, con 22 años; casado con Arimoto Keiko en diciembre de 1985.
5. Matsuki Kaoru, muerto el 23 de agosto de 1996 en accidente de tráfico; secuestrado el 7 de junio de 1980 en España; sus restos fueron arrastrados por una inundación pero se recuperaron más tarde; incinerado y vuelto a enterrar en una fosa común el 30 de agosto de 2002.
6. Masumoto Rumiko, muerta el 17 de agosto de 1981 de un ataque al corazón; secuestrada en agosto de 1978 en la Prefectura de Kagoshima, con 24 años; casada con Ichikawa Shuichi el 20 de abril de 1979; restos perdidos en la inundación de julio de 1995.
7. Taguchi Yaeko, muerta el 30 julio de 1986 en accidente de tráfico; secuestrada en junio de 1978, con 22 años; casada con Hara Tadaaki en octubre de 1984; restos desaparecidos en las inundaciones [también conocida como Lee Un Hye, la instructora de Kim Hyon Hi, agente norcoreano que puso la bomba en el vuelo 859 de las Líneas Aéreas Coreanas el 29 de noviembre de 1987].
8. Yokota Megumi, se suicida el 13 de marzo de 1993: secuestrada el 15 noviembre de 1977 en Niigata, con 13 años; casada con Kim Chol Ju in 1986; su hija Kim Hye Gyong nació el 14 de septiembre de 1987 [también se la conocía como Ryu Myong Suk].

Lista confeccionada a partir de los datos recogidos en varios medios de comunicación. Pyongyang admite el secuestro de siete personas, pero asegura que cinco de ellas viajaron a Corea del Norte por su propia voluntad y que una fue secuestrada con ayuda de un intermediario japonés. También asegura que las dos personas responsables de los secuestrados, Chang Pong Rim y Kim Sung Chol, fueron juzgadas en 1998 y condenadas a muerte y a quince años de prisión respectivamente. Los cinco supervivientes dijeron a los investigadores japoneses a finales de septiembre que «no les apetecía regresar a Japón».

De hecho, puede que Kim calculara mal al hacer tan importantes concesiones a Tokio en la reunión del 17 de septiembre. Probablemente supuso que esa confesión sería la vía más rápida hacia la resolución y consiguiente normalización, sin prever el escándalo que la cuestión de los secuestros provocaría en Japón. Al renunciar a cualquier reclamación de compensaciones oficiales por los crímenes del colonialismo japonés probablemente calculó que al final recibiría fondos de «ayuda» en torno al billón y medio de yenes, o sea, 12.000 millones de dólares, poco más o menos equivalentes a los 500 millones de dólares pagados a Corea del Sur en 1975, una suma muy sustancial para el Norte financieramente indigente¹¹. Sin embargo, esas sumas sólo llegarán en forma de proyectos condicionados y serán al menos tan beneficiosas para el sector japonés de la construcción como para Corea del Norte. Tampoco serán fácilmente aprobadas por la Dieta japonesa en las actuales circunstancias de restricciones presupuestarias, a las que se suma el clima de aversión popular contra Corea del Norte atizado por los medios.

Repercusiones en Japón

Al igual que en la RPDC, la atención japonesa —e internacional— se ha centrado casi exclusivamente en un lado de la historia. En lo que se refiere a los portavoces de Koizumi, el primer ministro había forzado la admisión de culpabilidad de un Estado «indecoroso» (*kesbikaran*)¹². La cuestión de si Japón debería pagar compensaciones apenas se planteó, y el hecho de que su propia petición de perdón llegara cincuenta y siete años tarde se atribuyó, en todo caso, al carácter obstinado e irrazonable del régimen de Corea del Norte, no a ninguna «obstinación» o «irracionalidad» de Tokio. Un comentarista japonés trató de situar todo esto en su contexto, cuestionando la normalidad de un Japón que

había invadido un país vecino y lo había convertido en una colonia; se había apoderado de las tierras, nombres, lengua, ciudades y aldeas de ese país; había asesinado a los que se resistían, secuestrando por la fuerza y dispersando en varias zonas de guerra a los jóvenes como peones y soldados del ejército imperial y a las mujeres como «acogedoras», con el coste de incontables vidas; y luego, durante cincuenta y siete años, no había pedido perdón ni ofrecido reparaciones¹³.

¹¹ Cuando Kanemaru Shin, del Partido Liberal Demócrata, viajó encabezando una delegación de parlamentarios a Pyongyang en 1990, la cifra discutida fue de 8.000 millones de dólares; véase *Asahi Shimbun*, 16 de septiembre de 2002. Se dice que Richard Armitage, vicesecretario de Estado norteamericano, comentó a Koizumi en la reunión que ambos mantuvieron en Tokio el 27 de agosto de 2002 que la cifra de 12.000 millones de dólares sería la adecuada; véase el *Weekly Post*, 9-15 de septiembre de 2002.

¹² En un mitin electoral; véase el *Mainichi Shimbun*, 14 de octubre de 2002.

¹³ *Shūkan Kinyōbi*, 27 de septiembre de 2002.

El respetado novelista coreano-nipón Kim Sok Pon denunció tanto a Corea del Norte –por los secuestros y por su acto «traidor y vergonzoso» de abandonar la petición de reparaciones– como a Japón por su «amnesia histórica»¹⁴.

Tales voces quedaron no obstante ahogadas por un coro de congoja y cólera autojustificativa. Las revelaciones del 17 de septiembre suscitaron en Japón un estado de ánimo general que algunos compararon al de Estados Unidos tras el 11 de septiembre. La opinión pública se vio agitada por un tumulto de emociones: compasión por el dolor sufrido por las familias de los secuestrados, combinada con el miedo y el escándalo frente a hechos sencillamente inadmisibles; furor y deseo de venganza hacia Corea; irritación con el gobierno japonés, y en particular con el Ministerio de Asuntos Exteriores, por sus vacilaciones, incompetencia y disimulo; resentimiento porque Japón no hubiera enseñado a Corea del Norte a comportarse como «un Estado normal»...

Cuando a finales de septiembre de 2002 los cinco secuestrados supervivientes dijeron a los investigadores japoneses que «no les apetecía regresar a Japón», todos lo atribuyeron al lavado de cerebro. Tras intensas presiones de Tokio, los secuestrados –pero no sus seis hijos– viajaron a Japón el 15 de octubre. Su negativa a hablar mal de Corea del Norte ante la prensa japonesa fue entendida como una demostración de que no podían expresarse libremente, y se juzgó increíble su afirmación de que su visita sería breve y que tras ella regresarían a Pyongyang. Se organizó una frenética campaña para pedirles que se quedaran. El 24 de octubre el secretario-jefe del gabinete Fukuda Yasuo anunció que, pese al acuerdo de que volverían al cabo de dos semanas, a los cinco desventurados no se les permitiría regresar «fuera cuales fueran sus intenciones». Como explicó el *Japan Times*, era «esencial» que permanecieran en Japón «hasta que pudieran manifestar su libre voluntad». Tokio exigió además la entrega de los hijos de los secuestrados, que proseguían su vida en Pyongyang sin saber, como señalaba el *Asabi Shimbun*, que sus padres eran japoneses, y menos japoneses secuestrados, o que se les mantenía retenidos sin permitirles regresar a casa¹⁵.

Cuando los delegados japoneses y norcoreanos se reunieron en Kuala Lumpur a finales de octubre de 2002, la exigencia japonesa del «regreso» –esto es, la entrega– de los hijos fue un punto de fricción importante. Para Tokio los hijos eran incuestionablemente «japoneses», lo supieran o no, y por lo tanto pertenecían a Japón. Los norcoreanos señalaron que Tokio estaba vulnerando el acuerdo establecido de que los cinco secuestrados visitarían Japón durante un máximo de dos semanas; los hijos no podían

¹⁴ *Asabi.com*, 27 de octubre de 2002.

¹⁵ *Yomiuri*, 25 de octubre de 2002; *Japan Times*, 25 de octubre de 2002; *Asabi Shimbun*, 25 de octubre de 2002.

ser «entregados» (por la fuerza, como se deducía de la postura japonesa). Pyongyang tenía sin duda razón al opinar que eran las propias familias las que debían decidir dónde deseaban vivir, para lo que era indispensables que primero se reunieran en sus hogares norcoreanos. Y aunque Pyongyang apenas insistía en ello, Tokio, al decidir que se quedaran «permanentemente» en Japón, parecía estar vulnerando el artículo 22 de la Constitución japonesa, que precisa que «cualquier persona tendrá libertad para elegir y cambiar su residencia [...]. La libertad de cualquier persona para trasladarse a un país extranjero y para renunciar a su nacionalidad será inviolable». Con todo, fue a los delegados norcoreanos a los que se exhortó a mostrar más «sinceridad», diciéndoles que «Japón y Corea del Norte parecían otorgar un valor diferente a la vida de las personas». Apenas un mes después del 17 de septiembre la petición de perdón japonesa parecía ya olvidada¹⁶.

La historia más patética es quizá la de la joven de quince años Kim Hye Gyong. Su madre, Yokota Megumi, fue secuestrada cuando volvía a casa de jugar al bádminton en 1977, cuando sólo tenía trece años, y conducida a la RPDC. En 1986 se casó con el norcoreano Kim Chol Yu y un año más tarde tuvo a Kim. Yokota, que sufría de depresión según Pyongyang, se suicidó en 1993, cuando su hija tenía cinco años. Ni la sabiduría de Salomón sería suficiente para decidir en este caso: los padres de Yokota, cuya vida quedó trastornada por el secuestro, piden ahora el «regreso» de su nieta, que ha vivido desde que nació en la RPDC, reclamando la custodia a su padre coreano. Se ha desatado un diluvio de intentos japoneses para convencer a esa adolescente de que deje su hogar y «visite» a sus abuelos en Japón. Entrevistada para la televisión japonesa, preguntó entre lágrimas por qué sus abuelos, que habían prometido a ir a verla, insistían ahora por el contrario en que fuera ella a visitarlos. Éstos respondieron con el señuelo de un viaje a Disneylandia. Las declaraciones del gobierno japonés dejan entender, aunque no a Kim, que no se le permitiría regresar, como les ha sucedido a los cinco «retornados». La tragedia de los secuestrados parece proseguir, ya que mientras se exaltan en abstracto sus derechos y deseos, en la práctica quedan subordinados al *amour propre* de la opinión pública japonesa.

En las semanas que siguieron al dramático encuentro de septiembre, Corea del Norte ofreció más información sobre la suerte de los secuestrados. Los ocho que habían muerto parecían haberlo hecho en circunstancias muy extrañas: dos resultaron envenenados por una estufa defec-tuosa, dos murieron en accidentes de tráfico (en un país donde el tráfico

¹⁶ *Asabi.com*, 30 de octubre de 2002; «Talks on hold until Pyongyang affirms family reunion», *Japan Times*, 1 noviembre de 2002; *Daily Yomiuri Online*, 1 noviembre de 2002. Los japoneses también anunciaron que pedirían reparaciones por los secuestrados, pese a que Japón siempre ha descartado cualquier tipo de compensación por las «acogedoras» coreanas, los trabajadores esclavos y demás víctimas de la era colonial.

es muy escaso), dos sufrieron ataques al corazón (uno mientras nadaba), otro cirrosis hepática y otra se suicidó. Además, los restos de casi todos ellos habían «desaparecido en las inundaciones». En Japón, las exasperadas e incrédulas familias de las víctimas denunciaron la documentación proporcionada por Pyongyang como una falsificación e insistieron en que los supervivientes fueran devueltos, si era preciso «por la fuerza» (*muri-yari ni*)¹⁷. Fuentes surcoreanas han sugerido que los que murieron pudieron haber sido enviados a campos de trabajo en las montañas por negarse a lo que los coreanos llaman *chonbyang* y los japoneses *tenkô*: la sumisión a la *Idea Juché* («autosuficiencia»), ideología oficial de la RPDC. En Japón se especuló con la posibilidad de que quizá simplemente supieran demasiado. La policía japonesa piensa ahora que puede haber muchos más secuestrados que los que se sospechaba al principio, quizás hasta cuarenta. Se habla también de gente de otras nacionalidades —europeos, árabes, chinos— así como de más de 400 surcoreanos secuestrados, según Seúl, desde 1953¹⁸.

El secuestro es, no obstante, un fenómeno curioso. La coacción inicial es evidente, pero en varios casos, al menos, los secuestrados parecen haberse acomodado bastante bien al sistema norcoreano. Los cinco japoneses que volvieron a Tokio en octubre, tras más de veinte años en la RPDC, al parecer lo hicieron como leales norcoreanos partidarios de Kim Yong Il. Quizás el caso más extraordinario es el de dos surcoreanos, el director de cine Shin Sang-Ok y la actriz Ch'oe Hyun-hi. Fueron secuestrados en 1978 y realizaron juntos varias películas en los estudios de Pyongyang, antes de escapar en 1986. Ambos insisten en que Kim Yong Il estuvo directamente implicado en su secuestro, impulsado por su obsesión de mejorar la calidad del cine norcoreano. En noviembre de 2001 Shin presidió el jurado del festival internacional de cine de Pusan en Corea del Sur; reflexionando sobre su carrera en Seúl, Pyongyang y Hollywood, indicó que a su juicio su mejor película era *Fugitivo*, una de las que había realizado para Kim Yong Il. Paradójicamente, esa película fue retirada de los cines de Corea del Sur por orden del fiscal general¹⁹.

Historia de terror

Ni que decir tiene que las principales víctimas del Estado norcoreano son, y siempre han sido, los propios habitantes de Corea del Norte. Existe un

¹⁷ Palabras de uno de los representantes de las familias a NHK News, 3 de octubre de 2002.

¹⁸ De una carta de la organización de familiares de los japoneses secuestrados al primer ministro, 19 de marzo de 2002, www.geocities.co.jp. Sobre los «442 secuestrados» que según Corea del Sur permanecen aún en Corea del Norte, véase «A Draft Bill of Indictment of Kim Jong Il», presentado en abril de 1999 por la Conferencia Nacional por la Libertad y la Democracia con base en Seúl.

¹⁹ «Film Guru Shin Sang Ok Tells of Kim Jong Il», *Seoul Times*, noviembre de 2001.

acuerdo general sobre los hechos básicos. Se cree que aproximadamente 200.000 personas –un poco menos del 1 por 100 de la población, que ronda los 23 millones de habitantes– son mantenidas en campos de trabajo, y se estima asimismo que entre uno y dos millones –del 5 al 10 por 100– han muerto de hambre; y que cientos de miles de refugiados han huido, en su mayoría a China. Aunque la peculiar combinación de terror y movilización de la RPDC ha ido perdiendo poco a poco su coherencia desde que terminó la Guerra Fría, el sistema sigue todavía en pie, bajo la autoridad absoluta del «querido líder», Kim Yong Il.

En un contexto histórico, sin embargo, el balance de Corea del Norte en ese apartado palidece frente al sufrimiento infligido por Japón y las superpotencias –no sólo Estados Unidos– al pueblo coreano. La etiqueta de «Estado terrorista» utilizada por Washington no permite entender ese pasado ni ofrece una guía para el presente o el futuro. En el nordeste de Asia no se ha conocido la «normalidad» en todo un siglo. La más somera digresión sobre la experiencia histórica del terror en la región demuestra la ambigüedad del concepto. El héroe nacional más respetado y honrado en toda la península de Corea es An Chong Gun, quien asesinó en 1909 al embajador japonés Ito Hirobumi. Para Tokio –y sin duda para el resto del mundo– Chong era simplemente un «terrorista». Koizumi, por su parte, se ha esforzado por mostrar su profundo respeto hacia los bien cuidados sepulcros de los terroristas japoneses que, en nombre y con la bendición del emperador, asolaron Asia durante las décadas de 1930 y 1940; sobre todo por los precursores japoneses de los terroristas suicidas del 11 de septiembre, los *kamikazes*. Un aspecto central del terror durante esos años fue el secuestro por parte del Japón imperial de cientos de miles de jóvenes coreanos sometidos a trabajos forzados o al servicio militar y de mujeres convertidas en prostitutas para los militares. El Estado japonés apenas ha comenzado a reconocer su responsabilidad por sus crímenes.

Para Corea, el terror del imperio japonés fue inmediatamente seguido, desde 1945, por otra ocupación extranjera y una partición *de facto* cuando los estadounidenses ocuparon la mitad meridional de la península y la Unión Soviética la septentrional. La guerra de 1950-1953 comenzó como una guerra civil para reunificar un país dividido por potencias extranjeras. La intervención internacional –en primer lugar y ante todo de Estados Unidos, y luego de China– la convirtieron en una conflagración más vasta. Se han dedicado grandes esfuerzos a presentar a Corea del Norte como un régimen excepcionalmente inhumano durante este periodo, responsable del terrorismo y las masacres más brutales. Aunque su comportamiento no deja de ser censurable, también está claro ahora que las mayores atrocidades en aquella guerra fueron las cometidas primero por Corea del Sur en Nogunri, Taejon y otros lugares, y luego por Estados Unidos, cuya destrucción deliberada de las presas, centrales eléctricas e infraestructura social en toda la región septentrional supuso una violación descarada de la ley internacional. La estrategia militar estadounidense de la

época consistía en no dejar «piedra sobre piedra», sembrando el terror con todos los medios a su alcance²⁰.

En la república de Corea del Sur, proclamada en 1948, la violencia de la guerra sólo fue desapareciendo poco a poco. El asesinato, la tortura y el secuestro a cargo de instituciones del Estado siguió siendo habitual hasta la revolución democrática de 1987. Entre 1967 y 1969 más de un centenar de estudiantes, artistas e intelectuales, residentes en Europa y Norteamérica, fueron llevados por la fuerza a Seúl, acusados de espionaje, torturados, declarados culpables y en muchos casos condenados a muerte o a largas penas de prisión. Entre ellos se encontraba Yun I-Sang, considerado ahora como uno de los más importantes compositores coreanos y alemanes del siglo xx. Su condena a muerte fue finalmente conmutada, pero la tortura dejó sobre él una marca de la que nunca se recobró del todo; murió en 1995. Otros, como Park No Su (Francis Park), estudiante en Oxford, fueron simplemente ejecutados. En 1973 Kim Dae Yung, el actual presidente de la República de Corea, fue secuestrado por agentes de la CIA surcoreana en un hotel de Tokio; también él escapó por poco con vida. Aquel incidente fue enterrado en silencio por los dos gobiernos y nunca se ha investigado a fondo, y mucho menos se han ofrecido excusas o una compensación. El terrorismo de Estado del régimen militar de Corea del Sur –respaldado hasta el límite por Estados Unidos y Japón– alcanzó su apogeo en 1980, cuando cientos, si no miles, de surcoreanos fueron masacrados en Kwangju. Vale la pena recordar, sin embargo, que fue el triunfo del movimiento de las masas populares, dirigido por trabajadores y estudiantes, el que puso fin a aquel régimen de terror. Ahora como entonces es el propio pueblo coreano, y no los extranjeros, el que mejor puede resolver el problema del Norte²¹.

Vivir bajo la amenaza atómica

Corea del Norte cuenta con pocas bazas. La nuclear ha sido su comodín durante más de una década. Hay que recordar que el país está familiarizado con el terror nuclear, ya que ha estado amenazado por él durante medio siglo. En el invierno de 1950 el general MacArthur pidió permiso para lanzar «entre treinta y cincuenta bombas atómicas», creando una muralla de cobalto radiactivo a lo largo del istmo de la península coreana. Durante la guerra de Corea la Junta de Jefes de Estado Mayor deliberó sobre el posible uso de la bomba y estuvo a punto de lanzarla en varias ocasiones. En la operación Hudson Harbour, a finales de 1951, se

²⁰ Jon HALLIDAY y Bruce CUMINGS, *Korea – The Unknown War*, Londres, 1988; Stewart LONE y Gavan McCORMACK, *Korea since 1850*, Nueva York, 1993, pp. 119-122; Bruce CUMINGS, «Occurrence at Nogunri bridge», *Critical Asian Studies* 33, 4 (diciembre de 2001).

²¹ Véase el informe de un superviviente, Suh SUNG, *Unbroken Spirit: Nineteen Years in the South Korean Gulag*, Lanham (MD), 2001.

envió un B52 hacia Pyongyang simulando que iba cargado con una bomba atómica con el fin de provocar el terror, como indudablemente sucedió. Desde 1957 Estados Unidos mantuvo un arsenal de armas nucleares cerca de la zona desmilitarizada, destinado a intimidar al norte entonces no nuclearizado. No se retiró hasta 1991, bajo la presión del movimiento pacifista surcoreano; pero Estados Unidos mantuvo sus ensayos de un bombardeo nuclear de gran alcance sobre Corea del Norte al menos hasta 1998, y probablemente hasta ahora mismo²². La RPDC no pide que Estados Unidos se disculpe, pero quiere que se ponga fin a la amenaza de aniquilación nuclear, bajo la que ha vivido más tiempo que ningún otro país.

Corea del Norte sabe que el mundo está lleno de hipocresía nuclear. Los países no nuclearizados se humillan ante el privilegio de las grandes potencias que poseen la bomba, por más que les disguste ese monopolio. Saben que la entrada en el «club nuclear» significa paradójicamente ganarse el respeto de los actuales miembros, al mismo tiempo que una amenaza de aniquilación para los que quedan fuera. Mientras Washington exige que otros países renuncien a sus planes nucleares, se ha negado a ratificar el tratado de prohibición de ensayos nucleares y reafirma su pretensión de proseguir la militarización del espacio. Además de su arsenal estimado en 9.000 armas nucleares, Estados Unidos ha utilizado en varias ocasiones uranio empobrecido, tanto en la guerra del Golfo como en los Balcanes; últimamente se está presionando al Congreso para que autorice la producción de «potentes taladros nucleares» que podrían utilizarse contra búnkeres y complejos subterráneos.

En 1993 los informes de la inteligencia estadounidense de que Corea del Norte estaba desarrollando un programa nuclear basado en el plutonio amagaron una nueva guerra. Sin embargo, se juzgó demasiado elevado el coste de la puesta en práctica del plan de operaciones 5.027 del Pentágono. Se estimaba que «de reanudarse una guerra a gran escala en la península moriría en torno al millón de personas, entre ellos, de ochenta a cien mil estadounidenses, que los gastos de Estados Unidos superarían los 100.000 millones de dólares, y que la destrucción de propiedades e interrupción de actividades industriales supondrían más de 1 billón de dólares»²³. Por mucho que le hubiera gustado forzar un «cambio de régimen» en Pyongyang, como en Bagdad, Estados Unidos se vio obligado a negociar. Carter viajó a la RPDC en junio de 1994 y se alcanzó un pacto conocido como el «Acuerdo Marco» de Ginebra: bajo los auspicios de la Organización de Desarrollo Energético coreana, Corea del Norte abandonaría su programa a cambio de dos reactores para la generación de electricidad, que se instalarían en 2003, y una compra anual de 3,3 millones de barriles de petróleo, mientras que

²² J. Halliday y B. Cumings, *Unknown War*, cit., pp. 128, 163; Hans KRISTENSEN, «Preemptive posturing», *Bulletin of Atomic Scientists* 58, 5 (septiembre-octubre de 2002), pp. 54-59.

²³ DON OBERDORFER, *The Two Koreas: A Contemporary History*, Londres, 1998, p. 324.

Estados Unidos se comprometía a avanzar hacia la «completa normalización de relaciones políticas y económicas». Pyongyang, según concluye el principal estudio sobre estos acontecimientos, utilizó la baza nuclear «brillantemente, obligando al país más rico y poderoso del mundo a abrir negociaciones y hacer concesiones a uno de los más pobres»²⁴.

Estados Unidos fue reacia desde un principio al Acuerdo Marco; hay indicios de que Washington esperaba que Corea del Norte colapsara antes de que se instalaran los reactores. El compromiso de «2003» nunca se tomó en serio: los retrasos fueron sistemáticos y la construcción no se inició hasta 2002. Hasta finales de la década, como muy pronto, no se podrá empezar a producir energía eléctrica. Sobre el avance hacia la «completa normalización» de relaciones –un aspecto decisivo del acuerdo para Pyongyang–, el progreso ha sido igualmente lento, acelerándose sólo los últimos meses de la presidencia de Clinton, cuando se produjo un intercambio de visitas entre la mano derecha de Kim Yong Il, el mariscal Yo Myong Rok, y la secretaria de Estado norteamericana Madeleine Albright.

Desde 1998, aproximadamente, los espías estadounidenses parecen haber descubierto que la RPDC se dedicaba al enriquecimiento del uranio. Todavía no está claro si detectaron una gran señal térmica en el proceso industrial, filtrada a la atmósfera y observable con sensores infrarrojos desde satélites o aviones, si rastrearon la compra de equipo especializado (posiblemente en Pakistán) o si se trató de una combinación de ambas vías. El enriquecimiento del uranio, conviene señalarlo, no quedaba cubierto por el Acuerdo Marco. Tampoco está del todo claro qué procesos ha estado desarrollando exactamente la RPDC. En las armas nucleares solamente se puede utilizar uranio muy enriquecido; con niveles más bajos de enriquecimiento se utiliza en reactores, aunque no en el tipo de reactores que Corea del Norte estaba construyendo a comienzos de la década de 1990²⁵.

Koizumi fue informado de todo esto en Washington el 12 de septiembre de 2002, cinco días antes de su encuentro con Kim Yong Il. Pero aunque la Declaración de Pyongyang contenía una confirmación de que ambas partes se comprometían a cumplir «todos los acuerdos internacionales» sobre cuestiones nucleares, en opinión de Washington Koizumi no presionó lo suficiente. El 3 de octubre un enviado especial del presidente, el vicesecretario de Estado James Kelly, viajó a Corea del Norte para «insistir más en la cuestión nuclear». Se esperaba que Pyongyang rechazara las

²⁴ «Agreed Framework between the United States of America and the Democratic People's Republic of Korea», Ginebra, 21 de octubre de 1994; Oberdorfer, *The Two Koreas*, cit., p. 336. Esa cantidad de petróleo supone únicamente el 15 por 100 del consumo anual de Corea del Norte.

²⁵ Véase Peter HAYES, «The Agreed Framework is Dead, Long live the Agreed Framework!», Nautilus Institute, octubre de 2002.

acusaciones, lo que serviría como excusa para desechar el Acuerdo Marco. Con una actitud prepotente, Kelly exigió a Corea del Norte «que alterara sustancialmente su comportamiento en toda una serie de cuestiones, entre ellas los programas de armas de destrucción masiva, la fabricación y exportación de misiles balísticos, las amenazas a sus vecinos, etc.»²⁶. Pero en lugar de rechazar las acusaciones, el primer viceministro Kang Song Yu admitió –según Kelly– que estaban trabajando en el programa de enriquecimiento del uranio y «otras armas aún más potentes».

Cabe hacerse varias preguntas sobre lo que realmente sucedió: ¿qué es lo que admitió exactamente Kang –el negociador más experimentado de Pyongyang, figura central de las negociaciones de 1994– y con qué intención? Una declaración oficial de la agencia central de noticias coreana exponía simplemente que «la RPDC dejó muy claro al enviado especial del presidente estadounidense su derecho a poseer no sólo armas nucleares sino cualquier tipo de armas aún más poderosas, así como a defender su soberanía y su derecho a la existencia frente a la amenaza nuclear cada vez mayor de Estados Unidos». Corea del Norte declaró a la ONU que había comprado efectivamente dispositivos para el enriquecimiento del uranio, pero que todavía no los había puesto en funcionamiento²⁷. Es discutible si la posesión de un «dispositivo» equivale a un «programa», pero Corea del Norte no ha realizado por el momento ninguna de las pruebas esenciales para el desarrollo de ese tipo de armas. Según el Acuerdo Marco la RPDC quedaba obligada a permitir inspecciones de la Agencia Internacional de Energía Atómica, pero sólo cuando se hubiera completado «una parte significativa» de los reactores y antes de la entrega de «componentes nucleares clave». Dado que durante tanto tiempo no ha habido progresos en el frente que de la Organización para el Desarrollo de la Energía en Corea (KEDO), Pyongyang puede haber llegado la conclusión de que esa obligación, como los reactores prometidos, ha quedado pospuesta.

En Seúl se pensó que Washington podía haber «entendido mal» y quizá incluso distorsionado deliberadamente las palabras de Kang. El principal consejero presidencial de Kim Dae Yung también cuestionó la oportunidad de la revelación estadounidense pocos días después de la visita de Koizumi y cuando la cooperación económica entre Corea del Norte y Corea del Sur parecía ir cobrando impulso. Así y todo, el 16 de octubre el portavoz de la Casa Blanca, Sean McCormack, anunció que Pyongyang estaba «vulnerando materialmente» su acuerdo. Washington se daba así una excusa para obstaculizar las aperturas de la región hacia Corea del Norte, insistiendo en que sus «aliados del nordeste de Asia» marchasen a

²⁶ Los interlocutores de Kelly en Pyongyang lo describieron como «extremadamente displicente y arrogante»: Alexandre MANSOUROV, «The Kelly Process», NAPSNET, 22 de octubre de 2002.

²⁷ «North Korea Floats Non-Aggression Pact with US to End Nuclear Crisis», Agencia France-Presse, 25 de octubre de 2002; «North: Uranium Device Not Used», *Asabi Shimbum*, 29 de octubre de 2002.

partir de ahora «al unísono» en cuanto a las sanciones políticas y económicas. El 14 de noviembre la dirección de la KEDO anunció que suspendía las entregas de fuel a partir de la prevista para diciembre.

En cuanto a los objetivos de Pyongyang, la interpretación quizá más creíble es la que ofreció el Ministerio de Unificación de Seúl: «Su auténtico objetivo no es proseguir el programa de desarrollo nuclear, sino un avance sustancial en las relaciones con Estados Unidos». Alexandre Mansourov ha argumentado de forma parecida: «La RPDC ha venido impulsando clandestinamente, como poco desde finales de la década de 1990, un programa alternativo nuclear de I+D como protección contra un posible colapso del Acuerdo Marco [...]. Por un lado, Kim Yong Il respondía así a lo que al parecer entendía como amenazas de Kelly con una disimulada amenaza nuclear propia; por otro lado, presentaba una oferta de compromiso global». En su opinión, la iniciativa de Kim no era una «bravuconada irracional» sino «diplomacia coercitiva premeditada». El cálculo de Pyongyang puede ser entendido como fríamente racional, basado en el conocimiento de que un programa nuclear es algo que Estados Unidos suele tomarse en serio²⁸.

«La Gran Bretaña de Asia oriental»

En Japón el apoyo a Koizumi aumentó inmediatamente después de su visita a Pyongyang, hasta alcanzar casi el nivel que tenía cuando entró funciones a comienzos de 2001, y las encuestas indicaban un fuerte apoyo a las iniciativas hacia la normalización²⁹. Pero la irritación y la hostilidad hacia la RPDC se intensificaron cuando se conoció la suerte de los secuestrados. Se extendió de nuevo el peculiar fenómeno japonés de la violencia desplazada, cuando varios escolares con ropas coreanas fueron insultados y golpeados, o amenazados con navajas en el metro o en las calles de Tokio, Osaka y otras ciudades. Desde los barrios altos se pidieron represalias, hubo que poner vigilantes ante las instituciones coreanas y se informó de amenazas de muerte³⁰. Creció la oposición a la normalización. El 19 de septiembre el *Asabi Shimbun*, portavoz de la corriente mayoritaria liberal, se preguntaba: «¿Es realmente necesario establecer relaciones diplomáticas con un país tan criminal?».

²⁸ *Asabi Shimbun*, 19 de octubre de 2002; A. Mansourov, «The Kelly Process», cit., p. 3; Andrew Mack, «North Korea's Latest Nuclear Gambit», NAPSNET, Special Report, 21 de octubre de 2002.

²⁹ El 19 de septiembre una encuesta publicada en *Asabi Shimbun* revelaba un apoyo del 81 por 100 a las conversaciones, y del 58 por 100 en favor de avanzar hacia la normalización. El 7 de octubre el apoyo a la reanudación de las negociaciones había caído al 44 por 100, pero el 58 por 100 seguía apoyando el proyecto de normalización «a largo plazo»: «Poll: 88 por 100 Don't Trust North Korea», *Asabi.com*.

³⁰ Tales actos suelen ocurrir siempre que se produce una «crisis» coreana, como cuando se estancaron las negociaciones sobre armas nucleares en 1994 y cuando la RPDC lanzó el misil Taepodong en 1998.

Todo esto tiene mucho que ver con el contexto político interno. Se habla insistentemente de inminentes iniciativas para desplazar a Koizumi, escindir y reorganizar los principales partidos políticos e instaurar un nuevo gobierno bajo la dirección de Ishihara Shintarô, el gobernador de Tokio, quien comentó recientemente en *Newsweek* que la única forma de resolver el problema de Corea del Norte sería declararle la guerra³¹. Antes de eso, sus manifestaciones más famosas fueron la negación de la masacre de Nanquín³², la llamada a las fuerzas de autodefensa japonesas a estar dispuestas para aplastar a los delincuentes chinos y coreanos inmigrados a Japón (*Sangokujin*), el rechazo de la Constitución como una imposición estadounidense y su declaración a un comité de la Dieta de que había comenzado la Tercera Guerra Mundial para la liberación de Asia del dominio blanco. Todo eso ha convertido indiscutiblemente a Ishihara en el político más popular de Japón, con fuertes apoyos para convertirse en primer ministro. Un elemento vital de la agenda de Koizumi ha sido recortar esos apoyos, obteniendo bajo presión el perdón de antiguas colonias, entre otras cosas. Desde el 17 de septiembre Ishihara ha quedado temporalmente marginado, pero evidentemente la historia no acaba ahí.

También existe la perspectiva, sea cual sea la fracción del Partido Liberal Demócrata que se haga con el control del proceso de normalización —y de los subsiguientes programas de «ayuda al desarrollo»—, de lucrativas oportunidades de negocios para sus socios del sector de la construcción, duramente golpeado por la recesión, en las carreteras, puentes, presas, centrales eléctricas, vías ferroviarias y otros elementos de la infraestructura norcoreana. En la década de 1960 la fracción dominante obtuvo significativas ganancias de operaciones parecidas cuando se normalizaron las relaciones con Corea del Sur. Una perspectiva similar embelesa seguramente a los partidarios incondicionales del Estado constructor japonés: para el *doken kokka* Corea del Norte representa un territorio virgen con un potencial casi ilimitado, libre de los inconvenientes de eventuales protestas de la sociedad civil³³.

También se ha dicho que tal apertura podría tentar a Tokio al establecimiento de una política exterior independiente, lo que constituye una pesadilla largamente temida por Washington. Para el Pentágono sigue siendo fundamental que Japón «siga dependiendo de la protección estadounidense». Cualquier intento de sustituirla por un acuerdo con China

³¹ *Newsweek*, edición internacional, 10 de junio de 2002.

³² En diciembre de 1937 esa ciudad china cayó en manos del ejército japonés, que durante seis semanas ejerció una represión brutal, que provocó cerca de 300.000 víctimas; véase al respecto, por ejemplo, <http://museums.cnd.org/njmassacre/> o <http://www.arts.cuhk/NanjingMassacre/NM.html> [N. del T.].

³³ Véanse interesantes especulaciones al respecto en «Struggle for control of development project», *Weekly Post*, 23-29 de septiembre de 2002.

supondría «un golpe fatal a la influencia política y militar estadounidense en Asia oriental»³⁴. Si se relajaran las tensiones en las relaciones entre Japón y Corea del Norte, así como entre ambas Coreas, la finalidad de las bases estadounidenses en la zona –especialmente la de Okinawa– y la incorporación total y absoluta de Japón al proyecto hegemónico global estadounidense resultarían posiblemente muy cuestionables.

¿Independencia japonesa?

La actual crisis económica, política y social de Japón se considera a menudo derivada de las estructuras de dependencia establecidas durante la ocupación estadounidense de posguerra (aplaudidas por las elites japonesas). Su nacionalismo se ha entendido, pues, como un tipo distorsionado de «neonacionalismo», ya sea «comprador» o «parásito», en el sentido de combinar un énfasis exagerado en la retórica y el simbolismo nacionales con la arraigada subordinación militar y política (a Estados Unidos)³⁵. Según esa opinión, los problemas de Japón no comenzarán a resolverse hasta que se alce sobre sus propios pies y dé prioridad a sus propios intereses nacionales, regionales y globales sobre los de Washington. Cabe señalar que varios ex funcionarios de alto nivel han expresado recientemente preocupaciones semejantes.

Por ejemplo, Taniguchi Makoto, ex embajador de Japón ante la ONU y antiguo vicesecretario general de la OCDE, ha pedido una reconsideración radical de la predisposición del Ministerio de Asuntos Exteriores a «seguir a Estados Unidos» y la adopción de una política exterior multilateral centrada en Asia. Describe la preponderante dependencia de Estados Unidos como un amor no correspondido. Takeoka Katsumi, ex secretario general de la Agencia de Defensa, ha argumentado que no hay fuerza en Asia oriental capaz de invadir Japón, y que por lo tanto muchas de las medidas adoptadas por instigación estadounidense como respuesta al 11 de septiembre son «una completa locura militar». Akiyama Masahiro, ex vicedirector de la Agencia de Defensa, opinaba que «para que Japón se convierta en un verdadero socio de Estados Unidos, debería darle severos consejos cuando fuera necesario». Iccho Ito, alcalde de Nagasaki, se declaró «horrorizado» por las recientes iniciativas de Estados Unidos en su declaración anual con motivo del aniversario de la destrucción nuclear de su ciudad. En la misma ocasión el alcalde de Hiroshima afirmó que «el

³⁴ Zalmay KHALILZAD *et al.*, «The United States and Asia: toward a New U.S. Strategy and Force Posture» [The Rand Report], Washington, 2001, p. 15.

³⁵ Véase mi «Introducción» a la 2.ª edición revisada de *The Emptiness of Japanese Affluence*, Nueva York, 2001; Ishida HIDENARI, Ukai SATOSHI, Komori YŌICHI, Takahashi TETSUYA, «21 seiki no manifestoto – datsu “parasaito nashonarizumu”», *Sekai*, agosto de 2000; Ishikawa Masumi, Tanaka SHŪSEI y Yamaguchi JIRŌ, *Dō suru, Nihon no seiji*, Tokio, Iwanami bukkureto, núm. 519, octubre de 2000, p. 52.

gobierno de Estados Unidos no tiene derecho a forzar una Pax Americana sobre el resto de nosotros, ni a decidir unilateralmente el destino del mundo»³⁶.

En cuanto al sector privado, Terashima Jitsurô, director del Instituto de Investigación sobre Problemas Globales Mitsui, también juzga que los problemas actuales de Japón se deben a los cincuenta años durante los que se ha acostumbrado a ver el mundo a través de las lentes estadounidenses. Previendo un periodo de gran confusión para Japón bajo la nueva doctrina estadounidense de política exterior, cree que ha llegado el momento de que Tokio responda desarrollando una doctrina autónoma propia; y a largo plazo, poniendo fin a la presencia militar extranjera en su territorio³⁷. También hay un foso cada vez mayor entre los sentimientos populares de uno y otro país. En septiembre de 2002 el apoyo japonés a un ataque contra Irak era tan sólo del 14 por 100, mientras que el 77 por 100 se oponía; en Estados Unidos las cifras eran del 57 y el 32 por 100 respectivamente. El 50 por 100 de los japoneses creen que Estados Unidos supone una mala influencia para la seguridad global; sólo el 23 por 100 cree que esa influencia sea positiva³⁸.

Mucho depende de cómo evolucione la contienda interna japonesa. Aunque muchos comentaristas de izquierda y liberales han apoyado la apertura hacia Pyongyang, el ala derecha neonacionalista –que siempre ha considerado a la RPDC con extrema antipatía ocultando apenas su desprecio por todos los coreanos– pudo decir: ya os lo habíamos avisado. Tras el 17 de septiembre la aprobación de las leyes de «emergencia» del gobierno, propuestas en el verano, parece mucho más factible. La reforma constitucional con respecto al papel militar de Japón y la reapertura de la cuestión nuclear están de nuevo en la agenda. En ese contexto, las presiones de Washington sobre Japón para que amplíe su horizonte defensivo –apoyando operaciones coaligadas como socio de pleno derecho al estilo de la OTAN, desempeñando el papel de «Gran Bretaña de Asia oriental»– suponen un potencial para fricciones reales³⁹.

Hay quienes han argumentado que la visita de Koizumi del 17 de septiembre presagia una ruptura dramática con «medio siglo de estrecha coordinación en política exterior entre Washington y Tokio»⁴⁰. Tal ruptura

³⁶ Las declaraciones de Taniguchi y Takeoka aparecen en *Sekai*, julio de 2002, y *Nihon No Shinro*, marzo de 2002; en cuanto a las de Ichō, véase http://www.city.nagasaki.nagasaki.jp/abm/abm_e/heiwasengen/sengen_main_57ht.html.

³⁷ Terashima JITSURÔ, «Nazo no sakushin “1938 nen no tame ni”», *Sekai*, agosto de 2002; y «Miete kita shin gaikô dokutorin», *Sekai*, junio de 2002.

³⁸ «Ayauai “seigi” ni keikaishin», *Asabi Shimbun*, 4 de septiembre de 2002.

³⁹ «The US and Japan: Advancing toward a Mature Partnership» [The Armitage Report], Institute for National Strategic Studies, Washington, 11 de octubre de 2000.

⁴⁰ Bruce CUMINGS, «Pyongyang visit a challenge to the US», http://www.asahi.com/english/asianet/column/eng_020927.html.

ra no se ha producido todavía, pero un número cada vez mayor de japoneses parece pensar que ya es hora, después de ciento veinte años, de «normalizar» las relaciones con el continente, de convertirse en «Japón» más que en la Gran Bretaña de Asia oriental. Esa consideración conlleva no obstante con frecuencia un rechazo a reconocer el carácter desastroso del antiguo «Gran Japón». Sin embargo, a medida que Estados Unidos redefine el papel de su ejército tras la Guerra Fría, es probable que se intensifique el desasosiego japonés.

Hay también quienes celebran tales presiones, aunque su agenda no sea la de Washington. Norota Hōsei, director de la Agencia de Defensa, argumentaba en marzo de 1999 que en determinadas circunstancias la auto-defensa de Japón incluía el derecho a ataques preventivos; el contexto dejaba claro que estaba pensando en Corea del Norte. Las sugerencias de que Japón debe contar con armas nucleares han salpicado el discurso político de los últimos años. Nishimura Shingo, viceministro parlamentario de la Agencia de Defensa, planteó abiertamente esa posibilidad en octubre de 1999. En 2002 el secretario del gabinete, Fukuda Yasuo, y el vicesecretario, Abe Shinzō, plantearon que había llegado el momento de revisar los «tres principios no nucleares» de Japón y que las armas nucleares no contravendrían la Constitución. En junio de 2002 Ozawa Ichirō, líder del partido liberal, dijo que China debía tener cuidado de no provocar a Japón, porque «si se excita su nacionalismo, podrían proliferar los llamamientos a dotarse de armas nucleares»⁴¹. No son quizá más que briznas de paja en el viento, pero el clima de irritación, miedo y frustración suscitado por las revelaciones del 17 de septiembre hace difícil prever la actitud futura de Japón. En vísperas de las conversaciones de normalización, la cuestión nuclear, que había sido de interés secundario para los japoneses en septiembre, estaba entre los primeros puntos de la agenda. Los intentos de promover una iniciativa diplomática autónoma por parte de Japón habían quedado arrumbados y Koizumi marcaba firmemente el paso impuesto por sus «socios de alianza».

Interconexiones coreanas

Las reacciones surcoreanas al 17 de septiembre fueron por supuesto muy diferentes. Se apreciaba malestar por el hecho de que Kim Yong Il hubiera reservado su petición de perdón por los secuestros para Japón, cuando las ofensas a Corea del Sur eran mucho mayores. El apoyo a Kim Dae Yung, ya muy bajo debido a las acusaciones de corrupción contra su familia, bajó aún más; su política de sol radiante, que había suscitado tan-

⁴¹ Para las declaraciones de Norota y Nishimura, véase mi «Nationalism and Identity in post-Cold War Japan», *Pacifica Review* 2, 3 (octubre de 2000), p. 256; en cuanto a las de Fukuda y Abe, véase *Sekai*, agosto de 2002, pp. 53–54; y para las de Osawa, *Shūkan Kinyōbi*, 7 de junio de 2002, p. 8.

tas esperanzas, parecía haber dado poco fruto. Pero también ha habido una respuesta marcadamente más escéptica a las revelaciones nucleares de Kelly y cierto recelo hacia Estados Unidos. La retórica de Washington se añade a los obstáculos que afrontan los coreanos cuando intentan negociar con Pyongyang en muchos frentes. La descripción que dio un ex funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de la declaración de Bush sobre el «eje del mal» —«diplomáticamente impropio, estratégicamente imprudente e históricamente inmoral»— expresa un sentimiento muy generalizado en el Sur⁴².

Mientras que en Tokio y Washington se han alcanzado paroxismos de rabia por los secuestros y el enriquecimiento de uranio (respectivamente), la reacción de Seúl fue mucho más fría, insistiendo en que la fuerza y las sanciones estaban fuera de lugar: el diálogo era la única respuesta razonable. Mientras Estados Unidos y Japón ensayaban el ultimátum que iban a plantear a Corea del Norte en las conversaciones de Kuala Lumpur el 29 de octubre de 2002, los intercambios entre Seúl y Pyongyang seguían su curso inalterable. Una delegación de alto nivel del Norte, que incluía al presidente del comité de planificación estatal y al cuñado de Kim Jong Il, poderosa figura del Partido de los Trabajadores coreano, voló a Seúl el 26 de octubre para una visita de nueve días a las fábricas de semiconductores, automóviles, químicas y acerías⁴³. El Sur muestra una confianza cada vez mayor en sus acuerdos con Pyongyang a medida que se van estrechando las relaciones entre ambas Coreas.

Los representantes de la posición «sin cuartel», anteriormente muy arraigados en las fuerzas armadas surcoreanas, siguen siendo todavía influyentes. La revista *Wolgan Chosun*, por ejemplo —publicación mensual de *Chosun Ilbo*, el diario más antiguo y más vendido de Corea del Sur—, calificó la masacre de «un mínimo de 6 millones de personas» por Kim Il Sung y Kim Jong Il como «un horror comparable al holocausto, las purgas masivas de Stalin en Rusia y los campos de la muerte de Pol Pot»⁴⁴. Ese punto de vista estará seguramente mejor representado en el gobierno del sucesor de Kim Dae Yung. En la práctica, sin embargo, es probable que cualquier gobierno que se establezca en Seúl mantenga la política de «compromiso positivo»; las alternativas para el Sur son simplemente demasiado catastróficas para pensar en ellas. El recurso a la fuerza produciría la cantidad de bajas que desalentó a Estados Unidos en 1994 y que provocó que el presidente surcoreano Kim Young Sam se opusiera a la acción militar estadounidense. El colapso inducido mediante la aplicación de san-

⁴² HAKSOON PAK, «What to do with the ominous cloud over the Korean peace process?», NAPSNET, Special Report, 19 de febrero de 2002.

⁴³ «North Korean economic survey team to visit South Korea», AP, Seúl, 24 de octubre de 2002.

⁴⁴ Cho KAPCHE, «Figures Speak for Themselves», *Wolgan Chosun*, septiembre de 1999; agradezco esa referencia a Kim Hyung-A. La cifra de «seis millones», obviamente más retórica que histórica, atribuye todas las bajas de la guerra de Corea a Kim Il Sung.

ciones crearía una pesadilla social y económica para Corea del Sur, dejándola con 22 millones de personas hambrientas en su frontera y un ejército de cientos de miles de soldados que podría perder el control. Los costes de una reunificación «de choque» —estimados en más de 3,2 billones de dólares— arrastrarían la economía de Corea del Sur a la recesión, amenazando toda la región del nordeste de Asia⁴⁵.

El colonialismo, la ocupación, la guerra y la partición han dejado el conjunto de la península dolorosamente llagado, frustrando amargamente las aspiraciones nacionales «normales» de su pueblo, el antiguo reino de Corea, que con sus inigualables tradiciones lingüísticas y culturales, se había mantenido unido desde el año 688. Paradójicamente, aunque separadas, ambas Coreas han mantenido cierta similitud estructural durante los últimos cincuenta años. Como ha señalado Paik Nak Chung, ambas han sufrido la maldición de unos Estados «verticalmente fuertes» (contra sus propias poblaciones) pero horizontalmente débiles (frente a las presiones de otras potencias desde el exterior), ya que la autosuficiencia kimista fue siempre un mito, y Corea del Norte dependía mucho de la ayuda soviética⁴⁶. Ambas han sufrido también no sólo el imperialismo japonés sino el estadounidense, que durante décadas respaldó dictaduras militares brutales en la República de Corea del Sur. ¿Pueden esperar algo distinto a la implacable búsqueda de sus propios intereses de esas dos potencias o de China?

La tarea de negociar con la RPDC —desesperadamente pobre pero fieramente orgullosa— es extremadamente delicada. Ningún Estado ni pueblo de los tiempos modernos puede tener menos esperanzas de ser tratado con delicadeza. Aunque dispuesta a renunciar a casi cualquier otra cosa, dos factores psicológicos, orgullo y dignidad, son de inmenso valor para Corea del Norte. Cierta comprensión del dolor y el sentido de la justicia, por pervertidos que sean, que guían esos sentimientos es un requisito indispensable para que tenga éxito cualquier intento de democratización y mejora económica de la RPDC. Cuanto más eleven la presión Estados Unidos y Japón para lograr la sumisión de Pyongyang, menos probable será un resultado positivo. Quien mejor puede decidir el futuro de la península, del Norte y del Sur, es sin duda el propio pueblo coreano.

⁴⁵ *Financial Times*, 8 de noviembre de 2002.

⁴⁶ Paik NAK CHUNG, «Habermas on National Unification in Germany and Korea», *NLR* 1/219 (septiembre-octubre de 1996), p. 18.